

misión de mostrarse por todo el mundo en puertas y también las cosas, caminan día a día desahogados en corazón mas lo congores después de la existencia misma vida don que pues el no al somer una s oñer. a que fue es presente con vida como se oñer como se de donar y desliti. mo ferto de ome su sentimientos de lo. por lo tanto lo hañer una n



**DE
CARA
AL
MUNDO**



**II CONCURSO
MUJER IMAGENES
Y TESTIMONIOS**



**DE
CARA
AL
MUNDO**

II CONCURSO
MUJER IMAGENES
Y TESTIMONIOS

1995

305.4
C.749c

REG. 9 47 13
CUT: 13450
BIBLIOTECA - FLACSO

BIBLIOTECA - FLACSO - E C
Fecha: 10 - oct - 2002
C. M. P.: \$ 4.50
Procedido: Abya-Yala
C. S. :
D. C. O.: Fondo de Solidar.

© II CONCURSO MUJER, IMAGENES Y TESTIMONIOS

COMITÉ ORGANIZADOR:

Ayuda en Acción-Cuenca • HABITierra • Mujeres sin Nombre • SENDAS

EQUIPO DE TRABAJO:

Juana Estrella Aguilar-Relaciones Públicas • Maya Mera Silva-Promoción • Lucía Mora Vega-Capacitación • Marcia Sigüenza Crespo-Coordinación General

PUBLICACIÓN AUSPICIADA POR:

Convenio FIA-FUDEC • Fundación ESQUEL • Abya Yala

DISEÑO GRAFICO: Sebastián Naranjo Cuvi/ZONAGRAFICA **IMPRESION:** Editorial Abya Yala

Índice

TESTIMONIOS



PRESENTACION	13
<i>Rocío Rosero</i>	
PRIMER PREMIO. Yo , Compañera de Partos	17
<i>Dora Quintero - María Alarcón</i>	
SEGUNDO PREMIO. Me apodaban “La Venadita”	25
<i>Claude Roulet</i>	
TERCER PREMIO. La Trágica Vida de “Gachita”	33
<i>Héran Gómez Ortiz</i>	
PRIMERA MENCIÓN. Un camino donde nunca ha habido huellas	39
<i>Eulalia Oviedo</i>	
SEGUNDA MENCIÓN. Testimonio	45
<i>Alejandra Cantos Molina</i>	
TERCERA MENCIÓN. Francisca, La Baldeonita	49
<i>Amparo Armas Dávila</i>	
Gracias a la vida	59
<i>Atala Jaramillo Dominguez</i>	
Rucu llacta	63
<i>Teresa Soila</i>	
A cup of tea with a drop of milk	67
<i>Alexandra Kennedy Troya</i>	
Teresa	71
<i>Cecilia Dávila Molina</i>	
La historia de mi vida	75
<i>Miriam Martínez</i>	
Por un año, un mes, un día que viva más seré leal con mis ideas liberales (Ana María Merchán Delgado)	81
<i>Dra. Teresa Rodas - Sra. Martha Maldonado</i>	

Y me fui	87
<i>Jennie Carrasco Molina</i>	
Siempre solitos...	91
<i>Catalina Vaca Espin</i>	
Carta a mi madre	97
<i>Gloria Catalina Caicedo Oravio</i>	
Descargando vivencias y sentires	101
<i>Ivonne Carrera</i>	
Buscando, recordando y reafirmando mi identidad	105
<i>Maribel Trujilo</i>	
El despertar de mi vida	109
<i>Ingrid Malena Lara Almeida</i>	
Testimonio	115
<i>María Gabriela Albuja</i>	
Ellos dijeron que era Cecilia...	121
<i>Luis Angel Saavedra</i>	
Así aprendí a luchar	125
<i>Jesús Carvajal</i>	
Una amistad verdadera	131
<i>Blanca Quito</i>	
Despertar	135
<i>Mariana de Jesus Troya Alvarez</i>	
De cara al mundo	139
<i>Claudia Acosta</i>	
Las victorias de Laura Victoria	147
<i>Laura Zambrano Ojeda</i>	
Gaviota	155
<i>Telia Marjorie Estupiñan</i>	

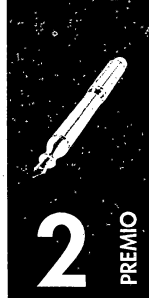
FOTOGRAFÍA



PRESENTACION. Imágenes inéditas ahora reveladas	163
<i>Cecilia Suárez Molina</i>	
PRIMER PREMIO. “Hermanas, ...en el camino...” y por un mañana	167
<i>Grupo Africa mia</i>	

SEGUNDO PREMIO. Miran-do-te <i>María Caridad Carrión</i>	169
SEGUNDO PREMIO. Mujeres Tejeras <i>Cesar Vinueza Sánchez</i>	171
TERCER PREMIO. Estudiando saldré adelante <i>Alexandra Andrade</i>	173
PRIMERA MENCION. De tu seno <i>Luci Aldaz</i>	175
SEGUNDA MENCION. Vendiendo <i>Ana María Aristizabal</i>	177
TERCERA MENCION. Jornada <i>Julia Rosado</i>	179
CUARTA MENCION. Cuidado te ensucio <i>Margarita Rodrigues (Habitat)</i>	181
QUINTA MENCION. Mujeres de Capirona <i>Comunidad de Capirona</i>	183
SEXTA MENCION. Dos culturas, un solo amor <i>José María Vacacela</i>	185
SEPTIMA MENCION. Fiesta en la escuela <i>Natividad Jácome</i>	187
OCTAVA MENCION. Estando en Canadá <i>Narcisa Criollo</i>	189
NOVENA MENCION. Con mi historia camino <i>Esilda Bueno</i>	191
DECIMA MENCION. Mamá Polit Chacarera <i>Luisa Valarezo</i>	193
DECIMO PRIMERA MENCION. Pachamama <i>María Rosario Pinguil</i>	195
DECIMO SEGUNDA MENCION. Sabrosa la rutina <i>Rosario Matute</i>	197
DECIMO TERCERA MENCION. Lo que sembrarán, cosecharán <i>María Julia Cajamarca</i>	199
DECIMO CUARTA MENCION. Sacando leche <i>Agustina Tamay</i>	201
DECIMO QUINTA MENCION. Recogiendo los trapos <i>Reina Valle</i>	203

CLAUDE ROULET
QUITO



*M*e apodaban “La Venadita”

Yo nací el 21 de julio de 1915 en la hacienda del Inga, de donde mis padres eran nativos, y fui bautizada en Pifo. Nos criamos entre dos, mi hermano y yo no más. Teníamos casa propia, cuando nos íbamos a la hacienda, echábamos candado. Mi mamita era lavandera, trabajaba en el ordeño y en la casa. En cambio mi papacito trabajaba afuera con la yunta, con el arado, con los azadones, pero principalmente era responsable de los caballos. A donde iban los patrones, mi papá les acompañaba.

Tenía tal vez siete años, cuando un sábado mi papacito se fue solito con doce caballos a Quito para recibir a un gringo que había llegado en uno de los primeros aviones. Mientras eso, en la hacienda del Inga hicieron arcos de flores para darle la bienvenida. Al llegar mi padre con el “gringo”, montaron una gran fiesta. Ni a taita Dios le hubieran recibido con tanto cariño. El “gringo” que era de origen italiano pasó ocho días de visita en la hacienda. El patroncito salió con él cabalgando y le llevó a conocer todas las fincas que le pertenecían, le mostró toda la riqueza que tenía.

Después de una semana, el patroncito reunió a toda la gente y le dijo, que el “gringo” le llevaría en el avión y que se iba con él al exterior a pasear y conocer aquel país. El “gringo” alzó el avión (era uno de estos viejos abiertos), viró en pleno vuelo al aparato, soltó al patrón y le dejó caer hacia abajo, donde murió; el

“gringo” le había matado.

Al patrón le enterraron y el “gringo” llegó como si él hubiera sido dueño de la hacienda y marido de la patrona. Parecía que la hermosa dueña se había enamorado de él. Poco tiempo después de haber enterrado al marido, la viuda, la cual era una niña loca, salió con el “gringo” al exterior. Luego de unos meses la patrona regresó y a la vuelta vendió todas las haciendas, toditas las haciendas, ¡imagínese!

Ella quiso regresar con el “gringo” a su país y por eso vendió todito. Se fueron a Quito para salir, pero el “gringo” alzó el vuelo sin llevarse a la patrona. La dejó allá y se fue con toda la riqueza de las haciendas vendidas ¡Qué bestia!

La patrona quedó con una chalinita negra puesta en la cabeza a pedir caridad en la iglesia Santo Domingo. Mi mamita la visitaba cada mes, le llevaba un pollito, queso, leche.

En ese tiempo no había carro a Quito. Del Quinche venía el tren pitando. Para ir a Quito cogíamos en Chaupimolino el tren. Tenía ocho años cuando me mandaban con mi hermano a Quito. Madrecita bonitica, cuando vi el primer carro, agarrando las lecheras que cargaba corría, volaba adelante y le gané.

La nueva dueña reunió al primer día a todita la gente y nos hizo poner en fila. Quien deseara quedarse para trabajar en la hacienda podía hacerlo. Mi mamita quería seguir trabajando allá. En cambio mi papacito quiso salir a Tumbaco y comprar un terreno, pero ella le convenció. En la hacienda teníamos propio terreno y bastante ganado, entre diez y treinta cabezas, además borregos, cabras, chanchos y gallinas. Desde mi adolescencia nunca andaba lejos a pie, sólo a caballo. Tenía dos yeguas, a donde quiera iba, hasta el ordeño cogía una bestia y me iba montado. El trabajo era muy lejos, en los cerros.

Con catorce años, entré a trabajar como cocinera en la hacienda. Que maravilla era preparar comida. Me gustaba mucho, prefería cocinar en ollas de barro; las ponía en una parrilla encima de la leña. La comida salía más sabrosa que la de las calderas. Mi trabajo era preparar los desayunos, el café, los almuerzos, las meriendas. Con la del servicio éramos sólo tres para cincuenta comensales que comían en la hacienda. También manejaba tres baúles llenos con monedas de oro. Teníamos todo, nada faltaba.

Entrando a quince años tuve una fiebre de desarrollo, fue tan grave que morí. El Santo Angel de la Guarda, el que nos lleva a nosotros, me guió al cielo hasta donde está Diosito. En el camino el ángel me hizo parar en una ramificación donde había dos caminos. El de la izquierda era de puro espinas, en cambio a la

derecha había una calle, ¡qué bonita!, llena de flores. Escogimos el camino de la izquierda. El ángel me hizo caminar con el pie llucho, pero no me entró ningún espino en el pie. Para ir donde Diosito se caminaba por el camino de espinas.

Pasamos algunos altibajos y el ángel me hizo subir más arriba. Entrar al cielo era como llegar a la ciudad de Quito, tanta gente había. Ingresamos por una puerta a una sala, a la derecha en un rincón había un sillón amarillo de puro oro, ahí estaba Diosito sentadito. Se levantó para coger un libro grandote con canto de oro, regresó a sentarse en su sillón, abrió el libro y estudió. Mirándome me dijo:

- Todavía no has vivido mucho...

Se dirigió al Santo Angel de la Guarda:

- No es la que has traído. ¡Llévala de donde la has sacado, tienes que venir con Cristina Iñacasha!

El ángel me devolvió a la casa de mi mamita. Escuché una campana cerca de mi oído, el dejo del sonido quedó. Bastante gente había llegado al velorio a acompañar a mi mamita. Cuando escuché otra campana desperté, más como si hubiera dormido. Mi mamita estaba llorando, pero al verme exclamó:

- Ay, miya ha regresado, viva está...

En ese momento vi a mi mamita y al mirar al frente, a la gente que estaba llorando por la muerte de mi tía Cristina Iñacasha.

Conocí a Diosito y él me dio esencia y bendición. Caminando por el camino de espinas llegué donde él, por eso hoy no me gustan mucho las flores. Desde mi regreso del cielo, soy partera y curandera. Nadie aquí en la tierra me enseñó.

Mis primeros apoyos se los dí a mi mamita cuando estuvo por morir de sobrepeso. Como ella siempre trabajó en la hacienda, se descuidó y se le enfrió la madre ¹. Tuve la intuición de traer del jardín hojas amarillas del ají, y se las coloqué en forma de cruz en la sien y sobre los pies, luego le unté manteca de cacao con sebito de vela en la frente. Nadie me había enseñado eso antes, pero mi mamita mejoró de sobrepeso.

Durante nueve años mi mamita no volvió a tener guaguas. Ella lloraba y se quejaba, porque quería tener más de tres hijos pero... nada. Sin que nadie me hubiera dicho qué hacer, me dio ganas de ir a traer dulce de cabuya y dulce de penco verde, de donde se saca el shaguar mishqui. Corrí con unos cántaros a robar mishqui, robé dos cantarillos llenitos de dulcecito. Regresé a la casa, herví una mezcla de cococara, anís del llano, hojas de guayusa con el dulce y la cerní. Bastante de ese hervido calentito le di a mi mamita que tomara durante nueve días.

¡Madrecita!, después cada año tuvo hijos, hasta ajustar once. Yo ayudaba con amor a cuidarles.

En la hacienda del Inga no había doctores, yo atendía sola. Los patrones ya sabían de mis logros y me decían:

- María, verás, los enfermos están a cargo tuyo.

Yo sabía cocinar agua en una olla de barro, añadía seis florcitas de alfalfa, flor de iso y pelo de choclo. Con esas tres cositas favorecía a todita la gente. No me llamaban por mi nombre, me apodaban "La Venadita", si alguien enfermaba decían, "voy donde la Venada, ella sabe".

La gente llegaba a veces a las once de la noche, a las tres de la mañana. A un enfermo le friego con el huevo el cuerpo y después pongo el huevo en un vasito con agua, ahí se forma la enfermedad. En huevo sólo veo las enfermedades, el mal aire o alguna cosa. Cuando no hay nada en el cuerpo, limpiecito queda el huevo.

Si la patrona sufría en el pulmón o cuando le dolía la boca del estómago o la barriga por un lado o por el otro, ponía un sucre sobre la piel, pegaba una vela encendida y encima tapaba la llama con un vaso. Así le sacaba los vientos, toditas las tardes hacía esto hasta que ella se sentía mejor.

Para la pulmonía tenía un remedio muy especial. Con leche medio caliente y harina de castilla hacía un chapito sedoso y lo metía dentro de una tela, la mezcla quedaba como engrudo. Luego añadía esencia o polvo de mostaza, cosía con aguja la tela y ponía la delgadita cataplasma sobre la espalda.

Yo sé curar el ojo, el malaire, también infecciones y componer los huesos; soy curandera pero con pura hierba. Fregaba barrigas, ayudaba dar a luz, bañaba a los guaguas, cortaba ombligos, preparaba agüitas... de todo.

Para ver si una mujer está encinta, le barro y le friego la barriguita con un cuy. Al terminar pelo al cuy el cuero, le abro la barriga y le pongo en agüita hasta que enfríe. Luego le saco la tripa y el shuncu², los pongo a un lado. Cuando saco el puzoncito y éste se forma bonito es un varón de dos meses. Si es sólo pura sangre, es una hembrita de un mes o de dos meses. A los cinco meses se forma bien la hembra. Eso sale en el cuy.

Un día, yo tenía dieciocho años, escogieron a uno de los jóvenes Tumbaqueños que habían venido a cavar papas en la hacienda y me casaron el civil con él. Así era la costumbre. Para eso, la patrona me dio permiso hasta las cuatro de la tarde, porque luego tenía que subir a la hacienda para servir en seguida la merienda a los patrones.

Mi marido se llamaba José Alejandro, tenía veinte años y decían que era muy trabajador y racional. Yo todavía no le conocía bien, sólo de vista. Nunca antes habíamos conversado. Él regresó a Tumbaco a su tierra y yo a donde mis patronas, nos habíamos casado solamente civil. Él no podía venir a dormir en la hacienda, civil no más era.

Un sábado me sacaron de la hacienda para casarnos en Pifo en la iglesia. En la hacienda mi mamita nos hizo una fiesta y allá nos conocimos. Mi mamita dijo:

- Salido de la iglesia, tanto el uno como el otro, de obligación tienen que dormir juntos.

Después de casarnos, él trabajaba también en la hacienda. Mi mamita no quiso que él me llevara a Tumbaco. Él era arador, botaba trigo, sembraba papas, manejaba la yunta. En un cuartito apegado, atrás de mi padrino vivimos como pareja. No teníamos nada personal, ni una olla bonita; sólo las ropas y nada más.

Después de casarme la patrona dijo:

- Regrésate no más a la cocina, tu marido ahora puede comer aquí.

Esto a mi me hubiera gustado, pero él era muy celoso y no quiso que yo trabajara en la cocina, o peor en el servicio. Me dijo:

- ¡No, con tantos hombres!, si fuera uno solo o dos, pero cincuenta comensales hay. Además, ¿a qué hora te vas a desocupar? Eran muchos los hombres que comían en la hacienda, y a veces tenía que atenderlos hasta de noche. Como éramos recién casados, él no me permitió eso...no, no. Mi madre también me habló en el mismo sentido:

- Hija, ahora eres casada, tú tienes que servir a tu marido. Él no quiere que estés en la hacienda sirviendo a tantos muertos de hambre.

Ahora le sirves a él, debes lavar, coser, cocinar, eso es ahora la obligación tuya.

Salí de la cocina y trabajé como huasicama³, hice cuentayoc⁴, ordeñé las vacas hasta las once del día. Treinta vacas, por pastizales ordeñábamos cada una. El patrón se quedaba parado y miraba como lo hacíamos.

Al año de estar casados tuvimos un hijo varón. Pero el primerito se me murió. Después tuve una hija que también se murió. Para tener un hijo varón, cogí a un guambrito huiñachishca⁵.

Con los años mi marido empezó a traer mercadería de Ambato, por ejemplo ropas y sombreros de paño. Trajo una canastita llena de trastos. Una olla de barro para dulce y una para sal, un poco de platitos, unas tacitas. Vendíamos la le-

che de la vaca y así compramos más cosas, cogimos un poco de terreno en la hacienda y ahí nos construimos una casa. En las tardes, después del trabajo, subíamos al cerro para bajar palos. Los necesitábamos para los largueros y las cumbres. Con mis manos hice barro, las tejas las fabricamos en minga, en las noches de luna.

La patrona vendió la hacienda a otro dueño. El nuevo dueño era una lástima, ¡cómo nos fue teaba!. A los pobres trabajadores tiraba con la escopeta en el llano, sufrimos horriblemente con él. A veces trabajaba ayudando en la cocina y en el servicio. Cuando al patrón algo no le gustaba, inesperadamente me tiraba con la taza, el café caliente y me quemaba. Lloré mucho con él. Como la hacienda era grandota, para barrerla nos acompañábamos todas las sirvientas y trabajábamos como las churipichanitas⁶. A este dueño no nos gustó servir, trabajábamos como brutos y no sacábamos nada.

Después del ordeño ensillaba mi caballito y me iba a vender cargas de puzuncito, de ajicito. Así nos ayudamos para comprar un terrenito en Tumbaco. Salimos de la hacienda del Inga y no volvimos nunca más. Nuestra casita quedó allí.

Tenía treinta y cinco años vividos en el Inga. Salimos más pobres que un huirachuro⁷, no sacamos nada. También perdí mis dos yeguas, no las podía tener en Tumbaco, ahora empecé a andar. En Tumbaco al comienzo pasábamos bonito. Trabajábamos donde queríamos, no como en la hacienda donde era cada día un solo trabajo.

Mi marido aguantó tres añitos en Tumbaco. Entrando a los cuarenta años murió, tuvo veinte años de soltero y veinte de casado. Con 38 años me quedé viuda y no volví a casarme. Me quedé sola con seis hijos, tres hembritas y tres varones. Qué amargo fue.

Por mis hijos no me enamoré más, ni Dios quiera. Claro que han querido abusarme, a palos a dos hombres casi maté. Con el primero sucedió en una noche de luna. Pedrito, el último hijo de mi finado marido, todavía gateaba. En el portillo de mi puerta vi a un hombre que se acercaba lentamente apegándose a la pared. Yo tenía un palo a ladito de la puerta. Lo cogí, abrí la puerta y ... por la acequia le mandé. Asustado él me gritó, "disculpe, estoy chumado y estoy perdido de casa".

¡Madrecita!, otro hombre quiso hacer lo mismo. Me había levantado para hacer desayuno a mis hijos, cuando vi una sombra a lado del portillo. Despacito, sin decir nada a mis guaguas, di la vuelta por detrás de la casa. Ahí estaba orinando un hombre, ¡dentro de mi casa! Despacito di la vuelta por detrás, salí a buscar

a los taitas de él. Al llegar dije a los viejos: “Sabe don Jerónimo, su hijo está durmiendo en todo portillo para entrar a mi casa, venga a llevarle”. Ahí mismo llegaron y buen garrote dieron al hijo en la cabeza, casi le mataron. Alguna ociosidad querían esos dos.

La casa me robaron cinco veces, se llevaron la cama de mi hijito, las cobijas, todito. Ni en los vecinos puedo confiar. Uno me sacó todas mis cosas. Yo sin sospechar nada le pregunté:

- ¿Vecino, quizás usted no vería a alguien...?

El me respondió muy grosero:

- ¿Por qué no sienta el trasero. Ñuca, tu huasicama seré?

En la hacienda no era así, no había robos como aquí.

Estuve comprometida a ordeñar en la hacienda de la Tola Grande. Así mantenía y educaba a mis niños, trabajando en el ordeño, en los cortes de alfalfa a machete, con compadre Alejo colocábamos ladrillos, adobes, abríamos zanjas, botaba cabuyas. Manejaba la barra, el pico, el azadón, así mantenía a mis guaguas, trabajando duro como un hombre, toda mi vida he luchado.

Al mismo tiempo me buscaban como partera y curandera. Barro en cuy, curo el espanto de los guaguas, me preguntan cuando tienen cólicos o les ayudo con el pasmo. Hace pocos días vino un señor muy enfermo, no podía trabajar. Le hice un jarabe de pura hierba, cuatro litros le hice, después otros cuatro más. El primer jarabe ya me pagó, de lo demás aún no me paga, el hombre ya está sanito. Muchos me dicen, “Dios le pague y yo gano lo que Diosito me da. Otros me regalan de sus cosechas: maicito, morochito, chochito, papitas, cebadita.

A muchas mujeres en el cuarto o quinto mes les hacen daño con brujerías. La mujer no puede dormir, no puede agachar, no puede hacer nada. En el huevo me doy cuenta si es una enfermedad o si es brujería. Cuando alguien quiere hacerle mal, le aviso y digo que posiblemente no pueda dar a luz. No quiero que después me acusen a mi. Le mando a un curandero para que la limpie y luego la miro otra vez con el huevo. Si está curadita, no hay más problemas.

Mis posibilidades como partera ahora están limitadas, estoy con las mujeres en el tiempo del embarazo. Tengo muchos años de experiencia, pero las leyes no me permiten atender partos, todo es estricto. En casa sí se da a luz, pero la partera no puede dar el papel del certificado, sólo el médico tiene el poder para eso. Sin certificado los padres no pueden inscribir el guagua y tampoco pueden bautizar el niño. ¿Y cómo voy a trabajar yo con un médico?, somos tan distintos. Hay mujeres que no quieren ir a la maternidad Isidro Ayora, se quejan y lloran para no

ir al hospital, dicen que allá fuerzan a la gente, que no atienden bien.

Con mi amiga María me buscaron médicos de Estados Unidos para conocer mi trabajo, los ecuatorianos no se interesan en esto. A mujeres gringas he ayudado a dar a luz en Quito.

Ahora me siento enferma, sola, casi nadie encuentra el camino a mi casa para preguntarme cómo estoy (de tanta gente que atendía). ¿Qué más hago? Una de mis hijas me da para mantenerme, pero no puedo esperar solamente lo que mi hija me da. Cuando ella viene le digo: "Tengo todo, nada me falta". Mi hermano, cuando viene, me trae pancito, azúcar, leche, carne. Haciendo de partera cobro cinco mil sucres y dos mil sucres por curar el espanto.

Creo que Dios me dio la bendición para que fuera al mundo a curar los hijos de él. Me ha ido bien, no me falta el pan del día. Donde voy, tengo mi pancito, no me falta nada. Tengo nietos por todo lado, con nietos y biznietos ajusto a cincuenta ... uyy ... un familión tengo.

Notas

- 1 orificio uterino
- 2 corazón
- 3 cuidador, guardián de haciendas
- 4 contador, el que lleva las cuentas
- 5 adoptado
- 6 huambritas que barrían las haciendas
- 7 un pajarito de la sierra.